

El Covid-19 o el castigo de Ícaro: daños comunes para una sociedad global¹

Delia Manzanero
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid
delia.manzanero@urjc.es

I. La *hybris* del progreso y su envoltente hechizo de inmunidad



Andrey Remnev "El lago de los cisnes / *Swan Lake*"
Óleo sobre lienzo / *oil on canvas*, 110 x 90 cm., 2008

“Mientras disfrutamos en nuestras casas de todas las comodidades, no podemos concebir cuán inapreciable es el derecho de gozar libremente del aire y de la luz, que nos es otorgado; nos olvidamos constantemente de la multitud de seres que con o sin culpa sufren humillaciones en inmundos calabozos, privados de este privilegio otorgado por Dios. No pensamos en estas multitudes y no nos sentimos ligados a ellas por ningún lazo. Quisiera ahora estar marcado con el mismo estigma que ellos, no apartarme de ellos, no parecerme a esa gran mayoría de gente exteriormente piadosa, que tiene que acicalarse para pasar por respetable”.

Rabindranath Tagore (1861-1941)

Los que auguraban un idílico 2020 y anunciaban desde sus órganos de propaganda el camino hacia el fin de la pobreza material y de la ignorancia espiritual a través de un ilusorio progreso ininterrumpido se han encontrado con que ese mismo ideal de progreso y de gobernanza en los sistemas de producción, de información y de comunicación no ha hecho sino sacar a la luz conflictos globales que amenazan las defensas humanas: la falta de coordinación internacional, la crisis del multilateralismo, la desinformación por el arribo veloz y masivo de noticias, la ausencia de memoria histórica, la marginalización social progresiva y, por ende, la miseria universal².

¹ Expreso mi agradecimiento al proyecto "Pandemia, Globalización y Ecología, iniciativa en el marco de La cátedra de investigación de Hermenéutica Crítica, HERCRITIA por convocarnos a reflexionar y a compartir ideas vividas en común. Gracias por los muchos estímulos que nos ofrecen para seguir conversando y por elaborar unos materiales que nos abren una ventana al confinamiento: <https://www.catedradehermeneutica.org/pandemia-globalizacion-y-ecologia/>

² La reacción compasiva y el compromiso con el otro a lo largo del tiempo pasa por entender que las causas de la pobreza local son globales: “Agreguemos que las horribles ilustraciones de la hambruna, tal como las presentan los medios, evitan cuidadosamente toda asociación con la destrucción de puestos y lugares de trabajo (es decir, con las causas globales de la pobreza local)”. Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, Madrid, 2017, pp. 99-100.

Como expone magistralmente Félix Duque en su lúcido libro sobre la *Filosofía de la técnica de la naturaleza*, “este himno de alabanza del hombre occidental sobre sí mismo y sobre sus obras no ha dejado de estar acompañado sombríamente por el presentimiento de que, en su *hybris* contra la naturaleza y los dioses, el camino hacia el Progreso era en verdad un desgajamiento -tan lamentable como irreversible- del primitivo estado *aúreo*”³. La *hybris*, concepto griego que puede traducirse como soberbia o desmesura en la transgresión irracional de los límites que nos son dados, entraña la caída del hombre pues, como recuerda este profundo pensador y filósofo, la “vertical es solo para los dioses y sólo se recorre de arriba abajo”; enseñanza que trae a nuestra memoria aquellas palabras que marcan la destrucción de Ícaro al desoír los consejos de su buen padre: “No sobrepases los límites del justo medio en tu carrera, Ícaro..., no lastres tus plumas con el agua, descendiendo en demasía, no las quemes con el fuego por ascender demasiado. Vuela entre ambos (*Inter utrumque vola*)”⁴.

Efectivamente, la mentalidad occidental llegó a confiar crédulamente en que la industria humana había sometido a la naturaleza con el artificio de la técnica y, por seguir con el símbolo griego, emprendimos el vuelo con temeridad cual *Ícaros* inmunes, pretendiendo haber escapado de vivir en una naturaleza indomeñable. Nos erigimos en dueños de un seguro oasis civilizatorio que pretendía haber superado una periclitada *época viral*. Con el descubrimiento de los antibióticos y con la detección y contención de la anterior pandemia gripal que sufrimos -la mal llamada gripe española (*grippe*) que se desató en otro aciago mes de mayo de 1918- creímos que la época de contagios virales y bacterianos había tocado a su fin, que la Naturaleza madrastra había sido domesticada y que las enfermedades infecciosas eran cosa del pasado, un pensamiento que ha sido rebatido por la realidad un siglo después.

El envolvente hechizo de inmunidad que nos habría embrujado e impulsado a volar tal alto que el sol derritiera la cera de nuestras alas, nos ha dejado a la intemperie; ya no es posible planear una huida irresponsable ante una realidad brutal que se ha hecho tan ineludible como irremediable. No nos es dado idear

³ Algo que hoy nos conduce a “atender a las cínicas, jocosas y perfectamente serias palabras de Groucho Marx: ‘He partido de la nada para llegar a la más absoluta miseria’”. Félix Duque, *Filosofía de la técnica de la naturaleza*, tercera edición corregida y aumentada, Madrid, Abada, 2019, pp. 51-52.

⁴ *Ibíd.*, p. 159.

nuevas fugas, consumir ficciones escapistas o sofisticadas *fantasías de clase* -en la certera expresión acuñada por Manuel Cruz- pues como muy bien indica en su sugerente artículo *Echarle un pulso a la naturaleza*, “el planeta en el que vivimos (esa vivienda en la que habitamos) se encuentra en la situación en la que se encuentra como resultado de la acción humana, y la fantasía de cambiar de vivienda no exime de responsabilidad al inquilino a la fuga”⁵. Tendremos que afrontar hoy lo que no hemos podido ni sabido evitar.

Todo apunta a que tendremos que vivir un momento de regresión, de desencanto y de reflexión también sobre un modelo de supuesto crecimiento que ha propiciado precisamente que se pierda aquello que quiso acentuarse: las libertades individuales y la realización de una sociedad democrática y comunitaria. Tendremos que dar varios pasos hacia atrás, volver a ser otros, como indica Unamuno en su profética obra *El otro*, debemos recular hacia el pasado, “a redro-tiempo, como en una película que se haga correr al revés”⁶, solo que... ¿hacia dónde? Y sobre todo... *Cui prodest?* ¿a quién ha de aprovechar este movimiento? ¿desde dónde se decide y quién decide? ¿quién está autorizado a tomar las decisiones colectivas? Dejamos aquí planteadas estas cuestiones cruciales, sin pretensión de responderlas de modo categórico, pero sí dejarlas aquí, como semillas plantadas en una tierra removida, a las que quizá, en el desarrollo del texto, podamos aventurar una respuesta provisional al menos.

II. Época de regresión y de límites

Toda época pasa por un momento de regresión, todo momento de plenitud y éxtasis (έκ-σταςις) incuba su propia crisis, toda época tiene sus enfermedades emblemáticas y la generación -de no desencadenarse otras mayores en el futuro (Covid-20 o 120) en un siglo que solo acaba de empezar- estará por siempre marcada por los efectos devastadores y aleccionadores de esta pandemia.

La novedosa fuerza cultural y política que trae consigo este año 2020 viene dada por un peligro patológico que no respeta fronteras; unas líneas divisorias que

⁵ Manuel Cruz, “Echarle un pulso a la naturaleza”, *La Vanguardia*, 23/05/2020. Disponible online: <https://www.lavanguardia.com/cultura/culturas/20200523/481309543518/pandemia-ecologia-inmortalidad-naturaleza.html> [Fecha de consulta: 24/05/2020].

⁶ Miguel de Unamuno, *El otro*, Barcelona, Espasa Calpe, 1932, p. 21.

no terminan en las lindes de los países, sino que cada vez nos acercan más, se han movido hasta la puerta de casa, donde permanecemos resguardados/retenidos en un estado de alarma que limita nuestro movimiento.

No hay muchos momentos vitales tan de crisis como los que estamos viviendo y, desde luego, para nuestra generación es algo inédito e inaudito ver cómo nuestras instituciones de control democrático, político y ético han decretado el cierre de fronteras, la movilización de los ejércitos, la prohibición de reuniones sociales, el bloqueo sanitario y los toques de queda. Nuestra sociedad está globalmente confinada y, mientras nos una y nos separe un mismo peligro común, seguiremos en una situación límite que da mucho que pensar.

Primero, porque los riesgos civilizatorios a los que hoy nos enfrentamos se sustraen a la percepción y quedan invisibilizadas las amenazas de muerte que este virus despliega. No lo vemos y, a pesar de ello, su fantasma está demasiado presente, alterando nuestros hábitos y nuestra ingenua mirada sobre la supuesta inocuidad de lo cotidiano. Penetra todos los intersticios de poder y atraviesa todos los objetos de nuestro día a día: el acento que imprimen unos zapatos que se aproximan, el pomo de una puerta entreabierta que debemos atravesar, el primer beso después de meses de confinamiento, la mano ociosa que desliza sus dedos sobre del fatídico teléfono, en cualquier lado puede habitar este intruso viral. No lo vemos y, sin embargo, lo sentimos a flor de piel, corre más rápido que nuestras medidas de contención, antes de que actúe esa primera línea defensiva de nuestro cuerpo; el más leve descuido, el hervor de un roce, la potencia de un deseo, puede poner en jaque el sistema inmunitario de la piel del sujeto que exhiba la más resuelta, aguerrida y gallarda voluntad de vivir.

Es difícil evitar una sonrisa afligida al leer aquellas palabras de Márquez de que el problema que tenemos es que los seres humanos no sabemos amar sin tocar, sin ver, sin escuchar. Tal es nuestra fragilidad. Vivimos en un confinamiento y aislamiento que han dejado desnuda nuestra recíproca pertenencia, la radical necesidad que tenemos de los afectos. Mientras permanecemos aislados físicamente solo nos queda el consuelo de pensar y fabular con el momento en que podamos volver a ver el rostro de nuestros seres queridos, volver a abrazarnos y compartir como prójimos, en su sentido literal de proximidad, que es lo que da la nota de humanidad a toda relación. Como hace notar Zygmunt Bauman, *proximidad* significa

responsabilidad, por lo que con cada centímetro que introducimos de distanciamiento social se hace más fácil cometer actos inmorales: “la responsabilidad queda silenciada cuando se erosiona la proximidad. Con el tiempo, se la puede sustituir por el resentimiento una vez que se ha transformado al prójimo en Otro. El proceso de transformación es la separación social. Esa separación fue la que hizo posible que miles de personas asesinaran y que millones observaran el asesinato sin protestar en la Alemania Nazi. El logro tecnológico y burocrático de la sociedad racional y moderna fue el que hizo posible esta separación”⁷.

Importante es entonces subrayar, por una parte, la necesidad que ha habido de poner límites a esa *hybris* de Ícaro materializada en un desarrollo de la sociedad industrial moderna que ha conducido a una erosión constante de la moralidad básica del ser humano y, por otra parte, comprobar si somos capaces de estar más acá o más allá de esos límites que han aumentado el distanciamiento social, pues esta vez precisamos un cambio estructural y conceptual que no esté llamado a defraudar.

Es muy importante pues entender que los límites -impuestos o autoimpuestos- no solo separan, los límites también nos unen: la aceptación de nuestra finitud nos permite tomar la medida lo humano y ser capaces de vivir sin absolutos así como tomar la distancia suficiente para pararnos, para reflexionar, para decodificar la realidad circundante y, en la medida de nuestras posibilidades, influir en ella para mejorarla, para facilitar movimientos de inclusión y crear proximidad con otros, tan finitos y vulnerables como nosotros, con quienes compartimos -no solo, pero también- los mismos peligros.

La aparición de esta nueva amenaza hace que las categorías con que hemos pensado y actuado hasta ahora, como los conceptos de Estado nacional, democracia, equidad, el eterno conflicto entre seguridad y libertad, deban ser repensadas, lo cual pasa por una revisión del sentido radical del término político de *límite* (del *limes*), en distintos niveles: desde los límites a nuestra privacidad tras los muros domésticos en un mundo interconectado, a los límites en las relaciones sociales y en nuestra convivencia, sin olvidar los límites entre países y bloques geopolíticos.

⁷ Zygmunt Bauman, *Modernidad y Holocausto*, España, Ediciones Sequitur, 1997, p. 250.

Literalmente vivimos en un *estado límite* en que hemos podido reencontrarnos, reconocernos e identificar -palpando en propia piel y en las propias prendas- los límites que le son propios al ser humano. Tomar conciencia de lo que nos sucede como especie, pasa pues por entender que eso «último», ese límite, no solo es algo que constriñe o cercena posibilidades, sino que ha de ser concebido como un límite posibilitante, un límite de florecimiento que nos haga reparar en aquello que más nos preocupa y que va más allá de los bienes materiales, la salud y la propia supervivencia; algo que tiene que ver con un factor esencialmente humano: aquello que da sentido a la vida y la hace digna de ser vivida.

III. La debilidad de las medidas profilácticas e inmunológicas de los Estados en el tablero internacional post-Covid

Nos enfrentamos a un virus que cruza nuestras fronteras con la facilidad con que atraviesa el manto protector de nuestra epidermis. Nuestros muros, las celdas cavernarias de los centros de confinamiento, los barrotes fuertes de las prisiones y las vallas y alambradas que separan, dividen y segregan no sirven. Desde hace demasiado tiempo amenazas virales han burlado nuestra poderosa tecnología y han disuelto nuestras más modernas barreras aduaneras entre Estados -básicamente porque el sistema inmune de nuestro cuerpo en tanto que especie no ha cambiado mucho desde el Pleistoceno- por lo que cerrar fronteras a diestro y siniestro como principal medida profiláctica se ha revelado intrínsecamente ineficaz.

Ciertamente, en las últimas décadas los muros fronterizos han sido empleados con mucha frecuencia y se han convertido en el nuevo modelo estándar en las relaciones internacionales; incluso los países democráticos lo han adoptado como una herramienta clásica de la política exterior y de defensa y prueba de ello es que “mientras que al final de la Guerra Fría sólo había 15 fronteras amuralladas, ahora hay 70 en todo el mundo”⁸.

Sin embargo, la lógica de la frontera arquitectónica que ha prevalecido en las últimas décadas hoy no funciona. Construir muros de contención e indiferencia para

⁸ Elisabeth Vallet, “Prosigue el amurallamiento del mundo, aunque sea ineficaz, costoso y mortal”, *The Conversation* (versión francesa), 06/07/2017. Traducido por Juan Carlos Velasco y publicado online el 17/09/2019: <http://www.madrimasd.org/blogs/migraciones/2019/09/17/132793> [Fecha de consulta: 17/05/2020].

aquello que está fuera de la ciudad y que supuestamente amenaza con destruirla no es suficiente para contener el patógeno, pues este no solo afecta a los que son empujados y expulsados fuera de las “fronteras” reales o simbólicas, sino que ha sabido hacerse presente y vivir intramuros.

Esto es, en cierto modo, algo que ha cambiado las tornas en el modo de enfocar la cuestión pues supone invertir la mirada y cambiar la perspectiva sobre qué representa una amenaza y cuál ha de ser la solución: pues si los que tradicionalmente han sido abandonados, invisibilizados y silenciados sistemáticamente (por el sistema) no están adecuadamente protegidos, no será posible controlar el contagio ni dentro ni fuera. Ninguna frontera diseñada por los Estados y destinada a repeler la negatividad de lo extraño va a ser capaz de detener la pandemia que ahora nos asola.

Antes al contrario, si a algo ha contribuido la construcción de muros y fortalezas ha sido a marcar un adentro y un afuera, a iniciar una odiosa y ociosa búsqueda de naturalezas impuras e incontaminadas, una acentuación de la política schmittiana amigo/enemigo que no ha hecho sino marchitar y desgastar la cooperación y el entendimiento internacional para hacer frente a una amenaza que no solo se cifra en una amenaza biológica exterior, sino en la propia caída y decadencia de un sentido de cooperación y de *comunidad* en peligro de extinción.

Bien mirado, ¿qué sentido tiene cerrar fronteras en la Eurozona o en determinados países europeos si precisamente es ahí donde la propagación de la enfermedad ha sido más elevada? Haríamos bien en recordar de vez en cuando que los muros también representan una amenaza para los que excluyen y para los que encierran y confinan a otros. Los que levantan fortalezas pueden caer presos dentro de sus propios muros y acabar confinados en cementerios amurallados. Conviene pues reparar en que hoy no sirve de nada construir ciudadelas y comunidades de refugio mediante recintos fortificados, sin haber asimilado y recapacitado seriamente antes en que lo que constitutivamente somos: Ícaros vulnerables, demasiado humanos, que cohabitan en *comunidades de riesgo*.

Hay innumerables ejemplos que nos ejemplifican esa vulnerabilidad (Chernóbil, la citada pandemia gripal, etc.), pero difícilmente aprendemos del pasado, probablemente porque si de algo vive el consumo es del olvido y no del aprendizaje. Tenemos eso sí la posibilidad de escarmentar del presente y para ello podríamos

empezar por la toma de conciencia que supone la actual amenaza de una pandemia que se ha llevado más de 342.000 vidas (según las últimas estadísticas consultadas con fecha de 24 de mayo de 2020⁹) y que por su propia acción apisonadora nos ha igualado en un universalismo de los peligros, que se traduce en daños, no solo sanitarios, materiales y económicos, sino también en daños sociales y morales. Daños que nos son comunes como humanidad y de los que debemos hacernos conscientes, especialmente de aquellos cuyo radio de acción creíamos demasiado lejos como para sentirnos neciamente inmunes, al tiempo que contemplábamos impasiblemente su efecto devastador en vidas que el sistema habitualmente había expoliado y explotado. Haríamos bien en seguir a Tagore y permanecer a su lado.

IV. El efecto boomerang

Uno de los principales retos que tenemos para el siglo XXI es que no hay zona VIP libre de contagio en un estado de pandemia, ningún seguro de vida puede proteger de la muerte al beneficiario y, por lo tanto, es fundamental coordinarse ante amenazas globales a la salud pública como la presente. A diferencia de las crisis económicas, la crisis del Covid-19 -aunque naturalmente golpee más duramente a la base que a la cima de las capas sociales- nos afecta a todos por igual y nos pone en la situación de afrontar de manera conjunta los peligros venideros. Dicho con una fórmula: la pobreza es completamente jerárquica, segrega desde el minuto uno; sin embargo, el virus por su efecto multiplicador resulta ser más democrático, algo que nos lleva a preguntarnos ¿qué sentido tendría hoy en un mundo globalizado recluir a los supuestos portadores de amenazas en lugares donde queden fuera del alcance del tacto y la vista, lejos del cuerpo social, en espacios donde no puedan escapar, si en esta crisis epidemiológica no hay nadie exento de peligro?

Lo que nos revela esta situación es que el antiguo paradigma inmunológico de construir fronteras no es compatible con el proceso de globalización que representa este virus, porque tampoco los ricos y poderosos que predicaban el *sálvese quien pueda* están seguros (piénsese en separatistas como Boris Johnson que han aprendido esta lección, ojalá que para siempre). Los populismos ya no pueden

⁹ [Fecha consulta: 24-05-2020]. Puede verse la actualización de datos de la estadística en: <https://www.rtve.es/noticias/20200524/mapa-mundial-del-coronavirus/1998143.shtml>

predicar en los medios que levantarán un muro inexpugnable de hormigón y acero, como el muro letal de indiferencia trumpista, para separar a los suyos del resto indeseable o prescindible.

La *cultura carcelaria* que ha llevado a muchos líderes a transformar espacios locales en fortalezas no es posible en pleno siglo XXI sin que se reproduzca en la cima social la enfermedad que se quiso extirpar y segregar de su seno.

Estamos hoy ante un peligro que prolifera y anida en cualquier cuerpo, que no respeta diferencias de clase, género, origen étnico, rango social ni papeles de ciudadanía. Con la extensión del riesgo de infecciones, se relativizan también las diferencias y los límites sociales, pues el virus no conoce ningún género de xenofobia ni aporofobia¹⁰; en este sentido, y solo en este, puede afirmarse que es más inteligente que la sociedad humana. El efecto igualador que tiene esta pandemia no puede por menos que recordarnos ese ideal de justicia tan invocado en derecho del principio de isonomía: la igualdad ante la ley (de la naturaleza). Así, aunque demasiadas veces el derecho resulta ineficaz e inoperante cuando no logra que se respeten sus sagrados preceptos de igualdad, este virus sí parece obligar a los gobiernos nacionales a pensar al fin en la interdependencia global y en nuestras obligaciones mutuas, pues sin un proyecto universalizador no tendrán nada que decir al respecto.

El mal que nos acecha tampoco puede ser nacionalizado, no puede ligarse al lugar determinado de su surgimiento, no puede ser reducido a un problema de China o del Sur de Europa. La situación actual requiere soluciones globales. De no hacerlo, de proseguir con las medidas de repliegues identitarios y amurallamientos, cabe esperar un *efecto boomerang*, no solo en tanto que peligro para la salud, sino en tanto que peligro para los intereses empresariales, para la propia legitimación internacional y para el posicionamiento estratégico del proyecto europeo en el escenario que se dibuja del nuevo tablero internacional post-Covid.

¹⁰ 'Aporofobia' es un término acuñado por Adela Cortina para definir una lacra sin nombre que era justo visibilizar pues no es un problema de etnia, ni de raza ni de extranjería, sino que tiene que ver con un ostensible y generalizado rechazo al pobre, al desamparado. Adela Cortina, *Aporofobia, el rechazo al pobre: Un desafío para la democracia*, Barcelona, 2017.

Para los que siempre han rehuído formar parte de la comunidad, para los *idiotés*¹¹, esta constatación de lo que nos es común, debe suponerles un franco revés a sus empeños de vivir cosméticamente *como si nada* pasara al individuo aislado más allá de la fantasiosa expansión de su capricho y voluntad omnipotente. Los defensores del realismo en política internacional tendrán que aceptar, aún a regañadientes, que si bien no logramos ese anhelado y predicado idealismo utópico del universalismo de los derechos humanos, sí tenemos hoy un ineludible *universalismo de la amenaza* y, querámoslo o no, como expresara con precisión Ulrich Beck en *La sociedad del riesgo*¹², hemos de coexistir y convivir en una comunidad global de peligro. Si los Estados quieren seguir manteniendo el poder, deben actuar globalmente y, si no han sido capaces de hacerlo hasta la fecha por los motivos correctos de la solidaridad y de una moralidad (tendencialmente universal) que conocemos bien gracias a la exquisita sensibilidad de Tagore, se verán forzados ahora, aunque nada más sea por consideraciones puramente técnicas o estratégicas para presentar sus propios intereses egoístas y racionales de seguridad, a tomar medidas que les permitan mantener la economía en funcionamiento, un quantum mínimo de credibilidad y legitimidad, por no hablar de su propia subsistencia.

V. Somos y seremos romero, romero solo, de un mismo huerto

El momento de regresión que vive la sociedad contemporánea pasa por entender cosas muy básicas, por un deseo de quietud de una sociedad fatigada, una *sociedad del cansancio* que exhala hoy unos efectos psicológicos de *fatiga* o *síndrome posviral*¹³. Ciertamente se notan y sentimos por doquier los síntomas de bloqueo y cansancio donde el ideal de progreso parece estancarse debido a la destrucción y desintegración de los lazos humanos, algo que provoca una experiencia psíquicamente destructiva de soledad, de abandono, de abatimiento que también puede lastrar la recuperación de la productividad y la economía.

¹¹ Es significativo que la raíz griega *ιδιω* (ídios) sea la misma que se encuentra en término *idiotés* (*ιδιωτης*), con la que los griegos se referían a los que vivían en una privacidad negativa, ocupados sólo de sus particulares cuitas e infortunios, de sus intereses individuales, sin preguntarse por el sentido de la ciudadanía y del bien común. Hoy ya no es posible hallar lo común por una suerte de identificación con lo mismo (*αυτός*) o lo que nos es propio (ídios).

¹² Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*, Trad. de Jorge Navarro, Daniel Jiménez y M^a Rosa Borrás Paidós, Barcelona, Paidós básica, 1998.

¹³ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, trad. de A. Saratxaga, Herder, Barcelona, 2012.

Deseable sería que este *venir a menos generalizado*, nos sirva también para asimilar de una vez el hecho de que “no estamos fuera de la naturaleza, sino *dentro* de ella; que la naturaleza no es nuestro contrario, sino nuestra calidad; que no nos pertenece, sino que pertenecemos a ella”¹⁴ pues como nos pedía León Felipe, con la aparente sencillez en que suele expresarse lo más profundo del alma humana: seamos en la vida *Romero solo*, así titula su poema, sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo: “Sensibles a todo viento/ y bajo todos los cielos,/ poetas, nunca cantemos/ la vida de un mismo pueblo/ ni la flor de un solo huerto./ Que sean todos los pueblos/ y todos los huertos nuestros”. Una vez se ha asumido humildemente este principio de recíproca necesidad, de vulnerabilidad y de interdependencia, será posible iniciar una actitud de cuidado y atención por el mundo que nos rodea, por el hogar en el que moramos, aquél, que es más grande que una patria, aquél donde no nos está dado quebrantar los lazos de familia, de hogar ni de la riqueza y variedad biológica que vive con nosotros en ella, pues no somos sino ese romero que ha de “pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero”¹⁵.

En Madrid, a 24 de mayo de 2020
Delia Manzanero

¹⁴ Brais Arribas, *Venir a menos. Crítica de la razón nihilista*, con prólogo de Teresa Oñate, Madrid, Los libros de la Catarata, 2019, p. 136.

¹⁵ León Felipe, “Solo Romero”, *Versos y oraciones del caminante*, Madrid, 1920.